

La literatura en el reino de Israel.
Idilios patriarcales

A primera vista parece que las tribus del Norte, al separarse del centro brillante de Jerusalén, dieron un golpe mortal a su propio desarrollo. Pero la historia de Israel es particular en todo. Aquello que en otras partes parece una decadencia, es aquí una condición de progreso. El espíritu israelita, contrariado por Salomón, recobró su superioridad con una elasticidad extremada. Los profetas que se habían opuesto a las obras de Jerusalén, y provocado el separatismo, fueron dueños del reino nuevo. Se dio calor a las antiguas tradiciones y se las relacionó con un orden determinado. Habían estado confiadas hasta entonces a la memoria, pero ahora comenzó a sentirse la necesidad de escribir tales relatos y a coordinarlos según un plan fijo. El uso de la escritura se había extendido mucho en tiempo de David y Salomón, pero aún no se había aplicado a las tradiciones orales. Estas tradiciones se defendían por su notoriedad. No se escribe aquello que todo el mundo sabe de memoria. No se escriben semejantes datos hasta que la memoria se fatiga y empieza a debilitarse. Antiguamente la literatura más importante no siempre era la que se escribía, sino la que la nación conservaba en sus recuerdos.

Había tradiciones orales en Israel de varias clases. Se situaban en último término los relatos de origen babilónico o harránico; mitos sobre la historia primitiva y el diluvio que los hebreos habían traído consigo de su antigua morada. Los recuerdos de Ur-Casdim y del mítico Abraham, combinados con los de Abram (el alto padre), un antepasado supuesto, proporcionaban la vida fabulosa de un patriarca que, al parecer, recorrió como nómada el país de Canaán, sobre todo la región sahárica de Gerare y Beersaba. Llenaba el período siguiente la biografía anecdótica de otros dos patriarcas, Isaac y Jacob, y de los hijos de éstos, especialmente de un supuesto José que vivía en Egipto novelescas aventuras. La imaginación israelita, impregnada siempre de los perfumes de la vida pastoral, agrupó alrededor de estos nombres todo su encanto, toda su poesía.

La auténtica historia, aunque mezclada con muchas fábulas, inaugu-

rabase con la estancia de las tribus israelitas en los confines de Egipto. La protección especial de Jehová sobre Israel se manifestaba en la manera de sacar a su pueblo del cautiverio, sustentándolo en el desierto. Empezaba a bosquejarse la vida de Moisés, jefe legendario que guió al pueblo en esta prueba, y seguramente se daba en ella gran parte a los milagros. Los recuerdos de Israel eran más precisos y reales desde el momento en que el pueblo, después de atravesar el desierto, se acercaba al país de Canaán.

A consecuencia de esta doble serie de tradiciones surgieron dos escritos, continuación uno de otro, o que quizá se consideraron como un solo libro. Uno fue una especie de historia patriarcal, absorbida por las redacciones posteriores.

En esencia era un libro israelita, en el sentido consagrado por el cisma de las diez tribus. Su objeto era valorar las leyendas israelitas, explicar de un modo elevado el origen de los lugares santos israelitas, atribuir a los antepasados de las tribus (con exclusión de los indígenas y filisteos) todas las buenas cosas antiguas del país, los pozos, los bosques sagrados, los terebintos. Se alaba a José, padre de Efraím y Manasés, que son objeto de expresivas bendiciones. Siquem es el centro de la familia de Israel. Beer Seba es un lugar santo y sus pozos y bosques, el centro de una religión que se trata de fundar. Apenas se habla del país de Judá. Diseñase la antipatía contra los *terafim*, los ídolos y los amuletos de los paganos, aunque sin tender a la centralización del culto. El libro de las leyendas israelitas ha sido el principio de la Biblia, y es sólo comparable al Homero de los griegos.

Si tuviésemos la obra completa del cuentista de Betel o Siquem, veríamos indudablemente que en su escrito estaba todo el secreto de la belleza hebraica, que sedujo al mundo tanto como la griega. Este narrador desconocido creó la mitad de la poética de la humanidad. Sus relatos son como soplos de la primavera del mundo. Sólo su crudeza grandiosa iguala a su exquisita frescura. Cuando se escribieron aquellas páginas ordinarias, el hombre aún vivía en el mito.

Durante toda su vida el hombre sueña con cabezas de muchachas que ha visto de quince a dieciocho años. Una raza vive eternamente de los recuerdos de su infancia o de aquellos que en cierto modo le ha infundido una adopción secular. El libro de los patriarcas influyó mucho en la imaginación de Israel. El giro de la narración hebraica, exacto, vibrante, ingenuo, que recuerda la improvisación jadeante de un niño que quiere decir a un tiempo todo cuanto ha visto, quedaba determinado para siempre. Se encuentra esta magia incluso en los momentos de decadencia. Los Evangelios devolverán a este género el encanto conquistador que ha ejercido siempre sobre la bonachonería aria, poco acostumbrada a tanta osadía en la afirmación de las fábulas. Se creará ciegamente en la Biblia y en el Evangelio por esa apariencia de candor infantil, siguiendo la idea falsa de que la verdad mana de la boca de los niños, cuando lo que en realidad sale de sus labios es la mentira. El error más grande de la justicia es creer en el testimonio de los niños.